

¿Julia o Irene?

Desde un principio me interesó la biografía de mi abuela. Pasábamos las tardes de almuerzo conversando sobre su vida, sus familiares, lugares en los que había estado y en más de una ocasión la historia se había repetido sin perder el atractivo.

Nació un 18 de enero de 1923, en un pueblo de Cerro de Pasco, Goyllarisquiza, nombre difícil de pronunciar, pero que ella exclamaba con orgullo que significaba “estrella caída del cielo”. Ahí creció hasta parte de su juventud, pasando por muchas experiencias, que a continuación numeraré algunas.

Dicho pueblo quedaba cerca a una represa la cual un día se rompió e inundó todo el lugar. Contaba que se tuvieron que subir a las mesas que flotaban, su hermana solo logró agarrar a su perrito blanco y se aferraba a él. Las gallinas y cuyes de los vecinos pasaban flotando ahogados o aun luchando por respirar.

En otra ocasión, hubo una revuelta y pasaron militares por las calles, rompían ventanas, entraban a las casas y quemaban lo que encontraban, su mamá los escondía debajo de las camas y a su casa nunca entraron.

Su padre trabajaba como mecánico de trenes, para la empresa de “Southern Copper Corporation”, ella lo decía tal cual como si hubiera aprendido inglés. Su padre era capataz y tenía buenas relaciones con los extranjeros. Mi abuela solo veía gringos, chinos o japoneses. Ella recordaba a una en especial, “Julia”. Fue su amiga de infancia, decía que era muy buena. Contaba que lo gracioso era que su papá la llamaba “Juría” cuando tenía que volver a su casa.

En épocas de la segunda guerra mundial, veía cómo exiliados de Alemania llegaban en los trenes, algunos prisioneros, otros judíos, otros chinos. Los pobladores les alcanzaban lo que podían mientras pasaban, al menos un pedazo de pan porque “tan mal se veían” que les daba pena.

Mi abuela creció cocinando, lavando y atendiendo a su padre, ya que su mamá se encontraba en Concepción, una provincia de Junín, con su hermana menor. Sus hermanos tuvieron la oportunidad de ir a Lima, la capital, para estudiar. Ella recibió educación esporádicamente, comenzando en Jauja en un colegio de monjas, ahí aprendió modales de señorita, a andar siempre limpia y bien vestida, a rezar y a leer la biblia. Recordaba especialmente a una monjita que era muy buena con ella, le daba permiso los sábados para que se quede estudiando su biblia ya que ella aprendió desde muy pequeña a ser adventista influenciada por su padre.

Llegó a Concepción cuando a su hermano lo expulsaron del colegio de adventistas de Miraflores en Lima. De no ser así, ella habría ido a Lima también a estudiar. Aquí conoció a un chico de la iglesia, Florentino. Él era colportor, era mayor que ella, había estudiado Educación y se unieron para formar una familia. Pronto mi abuelo le asignó un apodo a ella, “Julia” que derivaba de “Julieta”. Todos en Concepción empezaron a llamarla así. Pero realmente su nombre de partida fue “Irene”.

La vida de mi abuela se convirtió en el de ama de casa, atendiendo a mi abuelo quien era muy exquisito con las comidas, se enfermaba frecuentemente, no toleraba el desorden y era amante de la pulcritud. Pronto llegó mi tío, Walter, le siguió Dalton y por último mi madre, Celia.

Mi abuela para ellos fue una figura de respeto, una mujer de carácter indomable que no descansaba y se levantaba a las cinco de la mañana a preparar el desayuno. Los domingos, compraba kilos de carne de cordero, arrobas de papa, llenaba una olla grande de miel y traía bidones de leche fresca de vaca. Todo ella sola porque mi abuelo no dejaba que mis tíos ayudaran en labores de la casa, solo deseaba que se dedicaran a la música o a estudiar. Mi madre heredó lo enfermizo de mi abuelo por lo que la mayor parte del tiempo la pasaba en cama alucinando y volando en fiebre.

Mi abuela estudió costura por correspondencia en Argentina, lo que generó un ingreso más a la familia. Luego decidieron abrir una escuela en su casa, entonces en las mañanas a parte de hacer el desayuno recibía a los alumnos y les daba clases de Religión o Lenguaje, siendo la mejor para contar historias que hacían llorar y también siendo la profesora más recta que hacía temer a los alumnos más malcriados.

Mis tíos pronto abandonaron el hogar dejando solo a mi madre con mis abuelos. Luego ella decidió irse a estudiar a Lima, con el apoyo de mi tío Dalton. Esos años, entre difíciles llamadas a Lima, correspondencia y pocas visitas de mi madre, la pasaron acompañados de la familia que se había asentado en Concepción.

Cada día se hacían más frágiles, hasta que la noticia de que mi abuelo estaba enfermo y no resistiría más, llegó. Los hermanos tuvieron que viajar a verlo en una cama de hospital maltrecho por la enfermedad y junto a él mi abuela, siempre fuerte acompañándolo. Mi abuelo partió horas después, lo que significó cambios en la dinámica, mi madre tuvo que regresar de Lima porque sus hermanos decidieron que ella tenía que cuidar a mi abuela por ser mujer.

Continué por unos años el proyecto de escuela que tenían en la casa, luego cerró y mi madre fue a trabajar a Huancayo como docente, otra provincia de Junín. Viajaba a Concepción todos los días, luego conoció a mi padre, quien también vivió en la gran casa de Concepción. Nació mi hermano y nací yo. Fuimos criados en este pueblito, con el amor de mi abuela. Ya que mis padres viajaban constantemente.

Recuerdo los almuerzos en el gran patio, con los juegos que quedaban de la antigua escuela, un sube y baja, una resbaladera y dos columpios. Recuerdo cómo subía a su cuarto para acurrucarme con ella en su cama, pasaba muchas horas de mi día acompañándola hasta que cumplí tres años y decidí que era hora de ir a la escuela. Mis padres me llevaron y yo me quedé a gusto ahí. Mi madre me cuenta siempre que mi abuela lloró al escuchar la noticia. “¿Cómo pudieron dejar a mi hijita?” se preguntaba. Todos los siguientes días me recogía con mi hermano, siempre corría a ella cuando la veía desde la puerta del jardín.

Cumplí cuatro años y nos mudamos a Huancayo. Desde ahí viajábamos los fines de semana a ver a mi abuela y hacer las compras en la feria dominical. Después de problemas con la casa y una amenaza de muerte, mi abuela se mudó a un cuarto pequeño en Huancayo y la visitábamos todos los sábados o ella iba a vernos. Casi siempre me recogía del colegio y me servía el almuerzo, luego se iba. Hasta que nos mudamos a un departamento alquilado más amplio y ella se fue a vivir con nosotros. Después, mi madre consiguió comprar un departamento y nos fuimos todos.

Esos años de mi niñez, pubertad y adolescencia los viví con ella muy presente. Siempre me miraba al llegar del colegio desde la azotea con mi hermano y me saludaba. Me tenía listo el almuerzo, el refresco y siempre un chisme o una historia por contar. Nos reíamos mucho en la cocina, tanto que mi padre se preguntaba “¿de qué se ríen tanto?”. Congeniábamos tan bien que le hacíamos bromas a mi madre, comíamos golosinas, en especial Vizzio que tanto le gustaba a ella, siempre estábamos juntas en los paseos, íbamos a la iglesia tomadas de la mano y su habitación siempre fue mi lugar seguro.

Mi abuela había cuidado de los demás por tanto tiempo que cuando las circunstancias cambiaron, yo estuve ahí para cuidarla a ella como lo había hecho conmigo, con mucho cariño. Y así nuestras biografías se separaron finalmente un 16 de noviembre del 2020.